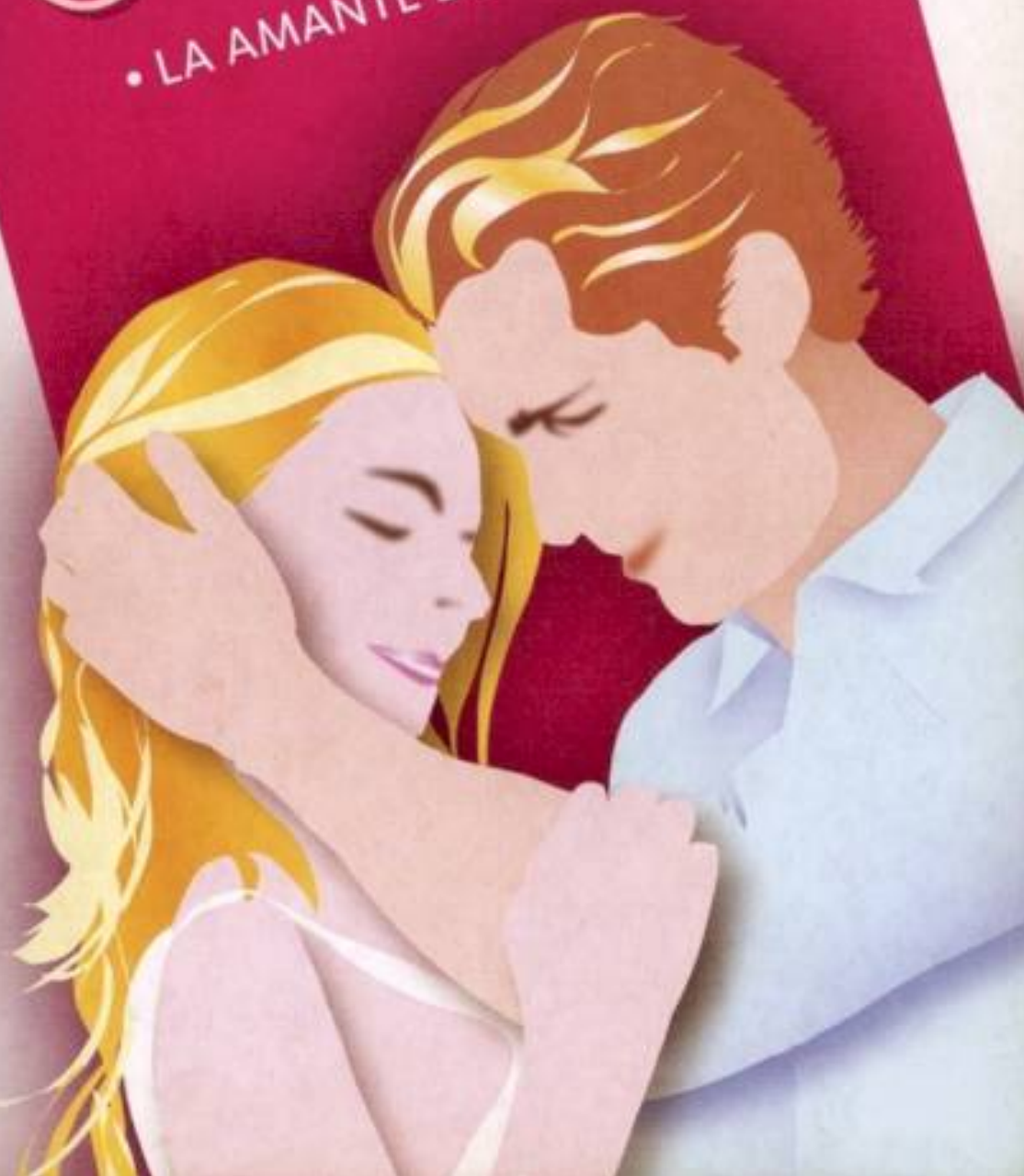


Corín Tellado

• LA AMANTE DE MI AMIGO •



Érika emigra a Madrid y trabaja como secretaria para Juan, de quien se enamora apasionadamente. Las diferencias sociales y de edad no suponen un obstáculo para su romance, pero Juan está casado y tiene hijos, y aunque promete que se divorciará de su mujer para irse a vivir con Érika, ese momento no acaba de llegar. Un encuentro casual reúne a Juan con su antiguo compañero de estudios Borja, quien a su vez es amigo y confidente de Érika. La aparición de Borja complica aún más la difícil relación de los dos amantes.

El deseo, la bondad, el amor, el egoísmo, la ambición, las mentiras y la sinceridad de los protagonistas se ponen en juego en una interesante novela que nos llevará de Londres a Madrid y a la selecta Marbella.

Muy poco segura es la posición de un corazón al
que se quiere retener a la fuerza.

MOLIÈRE

1

—Es una maravilla, chico. Suave, femenina... Mira, no esperaba que me sucediera una cosa así, pero aquí la tengo. ¿Qué puedo hacer? Verás. Hubiera dado algo porque no sucediera, pero, como bien dice el refrán, «el hombre decide y el destino dispone». ¿O no es así? Bueno, tampoco importa demasiado. El caso es que, pese a todo, estoy encantado. Espero, asimismo, que mi estirado suegro no aparezca más por el despacho. No soy tan responsable, ¿verdad, Borja? Después de cinco años de tenerme, como quien dice, atrapado y de criado suyo, va y se larga, según dijo, a dar la vuelta al mundo. ¡Pues mira qué bien! Pero lo más formidable de todo es la secretaria que me dejó y, a la vez, después de tanto esperar, que me dio al fin la dirección de sus laboratorios de cosmética. Ya sé, ya sé. Me estás mirando como si fuera un demente quien te estuviera hablando, pero... ¿tengo yo la culpa de haberme enamorado?

Borja fumaba y escuchaba a Juan Beltrán como si lloviera. Nunca se explicó cómo una persona como Diana Menchado se casó con él. Pero el caso es que, además de casarse, le había dado dos preciosos hijos. Una situación económica espléndida que Juan Beltrán no esperaba alcanzar jamás, una dirección de empresa, y encima, por lo que estaba sabiendo, una preciosa y joven amante. ¡Casi nada!

Juan, ajeno a lo que pensaba Borja o quizá muy dentro de él, pues para eso eran amigos y se conocían sus mutuas debilidades, de las cuales, bien sabía Juan, pecaba más él que Borja, al menos en el sentido negativo, pues sin que

Borja fuera un dechado de perfecciones, por lo menos era un tipo honesto y cabal, pensador y poco dado a las frivolidades..., cosa que, dicho sea de paso, él no compartía en modo alguno, pues nació pecador, y pecador y pendón seguiría siendo toda su vida, y, aun de viejo, seguro que engañaría a quien tuviese que engañar, para vivir su pedazo de vida. Y si en el otro mundo había chicas bellas y generosas, él compartiría muy gustoso sus aficiones. Pero, dejando a un lado estas reflexiones y las que pudiera estar haciéndose Borja, Juan añadió, sin importarle demasiado el parecer de su viejo amigo, hallado súbitamente en el aeropuerto londinense:

—Como vamos a viajar juntos a España, ya te seguiré contando. Pero, dime, dime —añadió Juan, con su verborrea, sin treguas ni pausas—, ¿qué diablos haces tú en Londres y embarcando para España?

—Lo que ves. Embarcando. Y lamentando que tenga que soportarte durante el vuelo, aunque éste no sea muy largo.

—No seas cabezota, siempre hemos sido buenos amigos.

—Juan —Borja se ponía aún más serio de lo que era habitualmente—, fuimos compañeros de estudios, y recuerda que cuando tú empezabas a cortejar y terminabas la carrera, yo la empezaba. No tengo la culpa de que fueras a dar al piso donde yo me hospedaba en Madrid con otros compañeros.

—Eres despiadado, Borja. Y te lo digo porque yo te apreciaba; tú estabas como quien dice en pañales, pero recuerda cuando salimos de juerga aquella primera noche de tu vida sexual. Fui yo quien te lió con la chica aquella que te despertó a la virilidad...

Borja sonrió, acomodándose mejor en su asiento del avión. En realidad, siempre estimó a Juan. Sabía que era un botarate, que estaba muy enamorado de su novia Diana, que hacía un matrimonio espléndido y que el futuro suegro

le tenía muy a raya... Pero, en el fondo, siempre lo consideró un bocazas, pero un bocazas con buen corazón, generoso y excelente amigo. Las cosas desde entonces habían cambiado mucho. Él se preparaba para entrar en una multinacional inglesa, y Juan Beltrán estaba perfectamente situado, casado, con dos hijos, un suegro «lobo solitario», como él mismo se denominaba, y encima una amante. No se podía pedir más.

Claro que él no envidiaba a Juan Beltrán ni un poco siquiera, pese a la amistad que les unía por haber vivido un tiempo juntos en el mismo piso de estudiantes, y es que él prefería dárselo todo a sí mismo, a su esfuerzo, que a un suegro cascarrabias que medía los pasos y las palabras del yerno.

Pero Juan se las apañaba para salir airoso. A la vista estaba que, además de esposa, hijos, suegro y un puesto de aquí te espero, tenía la novedad de una amante, y notaba que de ella y de nadie más deseaba hablarle Juan durante el viaje de retorno a España.

El avión despegó y tomó vuelo. Juan se desabrochó el cinturón, se puso a fumar y continuó con su tema, mientras Borja Urtiaga fumaba flemático y escuchaba paciente las novedades que le contaba su amigo, a quien no veía desde que se casó con Diana, y él, como testigo e invitado, asistió a la boda. Por cierto, una boda espléndida, muy apropiada a la *jet*, a la cual desde entonces pertenecía el químico convertido en consorte millonario.

—Te decía —le siseaba Juan, mientras el avión parecía ya no moverse, pero sin duda volaba a toda velocidad hacia el aeropuerto de Barajas— que mi suegro al fin cedió su puesto. Me dejó de director; él se reservó la presidencia, pero, como le encanta viajar, se ha ido por unos meses, y, además de dejarme la dirección, como te indicaba, me ha dejado a su secretaria... Una chica de película. Joven, sensible, femenina. ¡Divina!

* * *

La azafata pasó ofreciendo periódicos y refrescos. Juan se apoderó de un periódico, mientras Borja seguía fumando, a la vez que hacía un gesto muy expresivo como indicando que él de periódicos ingleses pasaba muy mucho.

Juan, como siempre, y eso lo estaba viendo Borja, no pasaba de nada, pues se hacía con el periódico, sonreía cautivador a la azafata y con las mismas dejó el periódico sobre las rodillas y continuó contándole a Borja su vida y milagros.

—Ya sabes cómo soy, Borja. Amo a Diana y adoro a mis hijos, pero... ¿qué puedo hacer si soy tan sensible? La secretaria llevaba dos años con mi suegro, y cuando yo tomé el mando en dirección se me pegó el anhelo... Ya sabes que me enamoro con suma facilidad, y, sin dejar de querer a Diana, pues, oye, me la sé de memoria, y una novedad... Lo peor es que hay ciertas cosas que se empiezan sin querer y terminan siendo muy serias. Yo no llegué aún a ese extremo, pero... si no me parapeto me vuelvo loco por la linda secretaria.

—¿Y ella? —preguntó Borja, distraído como siempre, pues tal se diría que su pensamiento se hallaba tan sumamente lejos que nada o poco tenía en común con la pregunta.

—Nos enamoramos de flechazo.

—Bueno, bueno. Tú, menos.

—Oye, te juro que empecé a verla con ojos diferentes. No es una más. Es algo esencial.

—Pero oculto. ¿O no sería que antes de aparecer tú por dirección, ella ya tenía relaciones con tu suegro?

—¿Mi suegro? No digas tonterías. Es un señor demasiado serio. Si tiene líos, que todo el derecho del mundo tiene a tenerlos, y valga la redundancia, no es precisamente en

su despacho —lanzó un impropio—. Mira, Borja, yo no tenía ni la menor idea de enzarzarme en un lío de semejante envergadura. Todo empezó así, sin que yo me percatara. Y ella, menos aún.

—Juan, sigues siendo tan cándido como siempre.

Juan le miró desconcertado.

—¿Por qué dices eso?

—Pues muy claro. Porque, si tan fácil te fue conectar, imagínate cuánto conectaría ella antes.

Juan bajó los ojos. Borja casi se sobresaltó, porque, al conocer tanto a Juan y sus actuaciones, apreció el rubor de su amigo y su expresión desolada.

—No, Borja; no. Ella era virgen.

Borja no dio un salto en el asiento porque era muy templado, porque estaba habituado a oír todo tipo de cosas raras y porque no era hombre que expresase siempre lo que sentía. Pero sí que se quedó mirando a Juan con expresión interrogante.

—Puedes creértelo o no, pero es así. Además, oye, que yo estoy de vuelta de todo antes de que una mujer joven me tome la delantera, o de seis vueltas de ida y regreso... Era una chica pura, inocente, ingenua. Y sólo se preocupaba de hacer lo que mandaba su jefe, que fue mi suegro, y de estudiar inglés, pues el francés y el alemán ya los sabe. Además te diré, Borja, y esto te indicará muchas cosas, dinero nada de nada. Me refiero al que ella pueda necesitar para sus trapos. Gana casi tanto como yo. Tú sabes lo que se paga una secretaria de dirección bilingüe... Una fortuna.

No es que Borja Urtiaga se interesara habitualmente por los asuntos ajenos, pero aquello empezaba a interesarle.

Y no por Juan, a quien conocía de sobra y sabía de sus mañas, pero sí por la chica, que cuando Juan la conquistó, por lo visto (y eso lo creía firmemente por la expresión de su amigo) era virgen...

—Me estás diciendo que ella se enamoró.

—Pues... sí.

—Juan, ya te las apañarías tú para enamorarla.

—Me gustó enseguida. No sé cómo explicarte. Enternece, conmueve... Es femenina a rabiarse, joven, bonita... Tiene unos ojos de fascinación... Yo no quería enamorarme ni enamorarla. Siempre tengo miedo. Y no por mí, sino por Diana. Yo quiero a Diana. Tú no te has casado, ¿verdad?

—Claro que no. No te olvides que me llevas cinco años, que yo ahora cumplí veinticinco y ando liado porque necesito afianzar el empleo que tengo en la multinacional; de momento el inglés me está dando muchos dolores de cabeza. Y es que, además, tampoco tengo mucho que ofrecer a una mujer. El matrimonio no me seduce demasiado, pues bien dice el refrán que lobo solitario, mejor que acompañado.

—Nunca oí ese refrán, pero no importa. Te decía lo del matrimonio porque, se quiera o no, con el matrimonio se va la pasión. Una pasión que paulatinamente se apaga y se convierte en un cariño entrañable, pero la novedad... suele quedar pronto demasiado lejos. Yo quiero a Diana, y por nada del mundo renuncio a ella, pero el amor... Bueno —parecía cansado y deseoso de que alguien le ayudara a discernir su problema—, yo no sé si es amor, Borja. Es algo que no puedo evitar. Que sin duda evitamos los dos, o lo intentamos, pero no hemos podido. Fue una atracción mutua muy fuerte, muy imparables...

—Y te has liado la manta a la cabeza, y...

—Pues eso. Y para que veas que todo es normal como si se dijera, jamás intenté regalarle nada, comprar nada. Ella dispone de un apartamento, vive sola, y yo...

—No has tenido que alojarla...

—Lo dices con ironía.

—Juan, que nos conocemos. Tú te aprovechaste de su debilidad, la enamoraste, y ella cayó en el lazo que tú le lanzabas. Pero me pregunto, ¿qué le estás prometiendo ahora? ¿O es que ella te acepta tal cual, con esposa e hijos?

—No sabe que quiero a mi mujer. Le he dicho que me casé con ella por interés, que de esa unión nacieron dos hijos y que...

—Ya sé. Que te vas a divorciar.

—Eso sí.

—¿Y te vas a divorciar? Porque, que yo recuerde, tú no te casaste por interés. Resultó que tu novia era superrica, pero si fuera una pobre chica, te hubieras casado igual porque, a ti, cuando te entra, te entra de verdad.

—Pero algo tenía que decir, Borja.

—Y por eso estás en un callejón sin salida.

—No, no tanto. Ella me ama y me lo demuestra cada día. Tú no tienes idea de lo que supone poseer algo así... Me digo mil veces que no, que basta. Pero reincido, y ahora hago mil filigranas para no faltar a mi mujer, a la que sigo queriendo, pero a mi manera, y poder verla a ella a solas.

—Es un buen dilema, Juan. Tendrás que decidirte por una.

Juan de súbito se puso a leer el periódico que tenía sobre las rodillas.

2

Pero pronto lo dejó para suspirar y volverse hacia su amigo, que fumaba como si estuviera solo y mirando en torno con su expresión siempre abstraída.

—Borja, ¿qué ha sido de tu hermano Law?

—¿A qué fin me preguntas eso?

—Es que era un tipo campanudo, listo, formidable y estaba muy enamorado de aquella inglesa llamada Ingrid.

—Se casó con ella, se divorció, y está colocado de director en la multinacional para la cual yo trabajo en España y me preparo para saltar a Londres cuando mi inglés sea perfecto.

—¿Dices que se divorció?

—Claro. Ahora vive en régimen de pareja con una chica suiza. No sé si se casarán. Law no tuvo hijos, y, lógicamente, cuando su mujer quiso la libertad, noble y civilizadamente, se la dio. Ella se casó ya con otro, y se fue a vivir a Holanda. Mira, Juan, mi hermano Law tiene mentalidad europea. Tú, en cambio, eres un español con negocios de cosmética por el Reino Unido, pero tu mentalidad sigue en España. Eres tradicional, aferrado a tus orígenes. ¿Por qué demonios no dejas que la secretaria de dirección se realice de verdad? Ya sabes lo que dice aquel poeta: «La mancha de la mora, otra la quita». Pues despídela o recomiéndala a otra empresa, pero no acabes con su vida, porque tú, Juan, nunca te divorciarás, y mentir es tanto como violar.

—Tú eres un extremista.

—Yo me considero un tipo honrado y jamás engañaré a nadie por acostarme con ella. Quiero decir que no mientas.

Que seas franco; dile que jamás te divorciarás de tu mujer Diana, que si te acepta así, bien. Y si no te acepta, pues que ella se busque su vida. Si, como dices, era virgen cuando la conociste..., ¿cuánto tiempo llevaba en las oficinas de tu suegro?

—Dos años. Es una cría.

—¿De treinta años?

—¡Qué disparate! De veinte escasos.

Otra vez Borja estuvo por dar el salto, pero se quedó inmóvil, si bien miraba a Juan como si su amigo fuera un monstruo.

—¿Veinte años y la tienes como amante?

—Oye... ella sabe que estoy casado. Me costó conquistarla, pero resultó relativamente fácil, porque... se enamoró de mí. Y además es un amor sincero.

—Y tú le prometiste que te divorciabas.

Juan suspiró, bajando la cabeza.

—Mira, es que ése es el único pecado que cometí. Para mí, ella es lo fresco, lo esencial del momento. Lo más importante. Pero Diana es mi mujer, la madre de mis hijos, y yo la quiero, aunque no la desee como antes. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente. Diana es Diana, y tú jamás renunciarás a ella, pero la engañas. Amas la frescura, la juventud, la novedad... Eres un tipo muy atractivo, Juan —Borja parecía aplastar las palabras con cierta indiferencia pero, evidentemente, censoras—. Ya lo eras cuando salíamos todos en grupo a la busca de chicas... Tú te las llevabas de calle, por tu pelo ondulado color castaño, tus ojos azules, tu altura, tu corpulencia. Eras lo que las chicas dicen ahora «un tren». Un hombre que las enamora y las atonta. Y lo lamentable es que nunca entenderás que hay cosas que no se pueden hacer, y es perturbar la vida de una mujer virgen, libre y sincera. Porque, por lo que cuentas, la secretaria gana suficiente y le importa un pito tu poderío, pero se

ha enamorado de ti, y el amor, amigo mío, es debilidad, es juventud, es ingenuidad...

—Y es tan fuerte que uno se convierte en payaso sin ese amor y no es capaz de renunciar a él ni por honestidad.

Borja lanzó sobre su compañero una mirada guasona.

—Juan, que estás hablando con un amigo, un conocido de años, un tipo que acudió a tu boda, que fue testigo de ella, que admira a Diana...

Juan aplastó las manos sobre el periódico doblado en sus rodillas.

—Mira, Borja, mira. Déjame que me explique mejor. Diana es de mi edad. Nos conocimos, nos enamoramos; el padre apareció llamándome «cazadores». El acicate de la negación me puso a mí más afanoso de ganar la batalla.

—No me digas ahora que no te casaste enamorado de Diana.

—¡Dios santo! ¿Quién puede negar eso? Pero te repito que a Diana la quiero, que por nada del mundo me voy a divorciar de ella y que estoy acabando con mi vida porque mantener sexualmente contentas a dos mujeres es algo insoportable.

—Tú eres un bestia, Juan. ¿Sabe Diana que tienes ese... digamos entretenimiento?

—¡Cielos, no! Pero es que yo empecé por ese camino, por ese inicio, y ahora... es más serio. Infinitamente más serio. No puedo querer a dos mujeres, ya lo sé, al menos con la misma potencia amorosa, pero no soy capaz de prescindir de ninguna de las dos.

—Dime, dime, ¿qué dice tu amiguita de ti? ¿De ese hipotético divorcio que le has prometido?

—Nada. ¿Qué va a decir, si sabe que todo llegará en su momento?

—Pero eso lo piensa ella, no tú, porque tú jamás te divorciarás de Diana y estás engañando a tu amante.

—Eso es cierto. Por eso te lo cuento, Borja. Si todo fuera tan sencillo, no te lo contaba. ¿Para qué? Un asuntillo de

faldas lo tiene un hombre que se precie y nadie se rasga las vestiduras. Pero este asunto mío con mi secretaria es muy gordo.

—Y si se entera Diana, te lo fastidia y deja a la chica en la calle.

La azafata anunciaba el aterrizaje en Barajas y pedía que se enderezaran los asientos y se abrocharan los cinturones.

Juan, obedeciendo, rezongó:

—Pues es verdad que este vuelo es corto. ¿De verdad pasaron dos horas?

—Algo menos. Pero, evidentemente, ya veo las nieblas de Madrid, que serán sol esplendoroso dentro de unos minutos.

El avión descendía. Ya se veía un Madrid envuelto en nieblas, que solía despejar la fuerza del sol, que aparecería barriendo la polución a las once o poco más.

—A todo lo que te conté, no me has dado respuesta, Borja.

—Mira, Juan, lo mejor que debes hacer es cortar, ser franco y decirle a tu amiguita que no te vas a divorciar, y que ella, a la edad que tiene, tiene también todo el derecho del mundo a ser feliz.

—Eso es muy fácil aconsejarlo, Borja.

—Pues es cosa tuya. Yo no querría tener en mi conciencia el futuro de una mujer honrada, si es que tú me dices que lo es.

—Por supuesto que sí, que lo es. Yo aparecí perturbando su vida tranquila. Sé que no tengo derecho, pero ¿quién es capaz de renunciar a algo tan bello?

—Un hombre honrado.

—¡Cuernos, Borja, que yo soy honrado y no tengo la culpa de querer a mi mujer y amar como un loco a mi secretaria!

El avión tomó tierra; poco a poco se iba deteniendo.

—Te llevo, Borja. He dejado el automóvil en Barajas. De paso para mi casa...

—No. También yo tengo el mío. Viajé anteayer noche. Y te diré que prefiero hacer algunas cosas antes de retornar a mi apartamento. Vivo solo y trabajo muchas horas, encima estudio inglés en una academia, porque no soporto pensar que un día me veré en la central en Londres pronunciando un inglés absurdo.

—¿No vamos a volver a vernos, Borja?

El aludido descendía con su portafolios de piel y poniéndose la chaqueta de alpaca.

—Sé dónde tienes tu oficina, Juan. Si me apetece ya iré a verte. Pero no te olvides de que tú estás en la cumbre y yo aún sigo iniciando el sendero hacia ella.

—Vales mucho, Borja.

Ambos subían al bus que los llevaba al centro del aeropuerto.

—El que valga no quiere decir nada. Soy un químico, y trabajo en una sociedad importante de investigación científica, pero eso no indica, ni mucho menos, que haya llegado donde me propongo llegar, que es la meta de mis aspiraciones. Ejecutivo importante en la multinacional.

—Tu hermano es director de la misma.

Borja, que ya salía a la búsqueda de su automóvil, se detuvo un segundo.

—No quiero llegar —dijo con firmeza— ni por amigos, ni por influencias, ni mucho menos por imposiciones familiares. Si llego, llegaré escuetamente por mis méritos.

* * *

—Aguarda, Borja. Por favor... A veces te pasas sin amigos con quienes hablar, años y años, y casi lo prefieres. De súbito ves a uno, que es de verdad un tipo honrado, como tú, y necesitas contarle tus cosas...

Borja abrió su automóvil y metió en él el portafolios.